

VIERNES VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Marcos 10,1-12

En aquel tiempo, Jesús se marchó a Judea y a Transjordania; otra vez se le fue reuniendo gente por el camino y según su costumbre les enseñaba. Acercándose unos fariseos, le preguntaban para ponerlo a prueba: «¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?». Él les replico: «Qué os ha mandado Moisés?». Contestaron: «Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla». Jesús les dijo: «Por la dureza de vuestro corazón dejó escrito Moisés este precepto. Pero al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo: «Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio».

Para los que están casados, Jesús les llama a renovar su compromiso y a buscar en Dios la fortaleza para vivir esta gran vocación. Para los que se planten el matrimonio, es una invitación a entrar en esta alianza con reverencia y conciencia de su importancia. Y para todos nosotros, es un recordatorio de la importancia de construir nuestras vidas y relaciones sobre los fundamentos del amor y la fidelidad de Dios.

El matrimonio es una institución sagrada diseñada por Dios desde el principio. De la misma manera que el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios, el matrimonio es sacramento de la Santísima Trinidad: unidad de vida y de amor.

Los fariseos se acercan a Jesús con una pregunta capciosa. No buscan la verdad, sino una excusa para acusarlo.

Jesús les pregunta qué mandó Moisés. Ellos responden que Moisés permitió dar carta de divorcio y repudiar a la esposa. Jesús entonces les dice que esta concesión fue hecha debido a la dureza de sus corazones, pero los remite al principio de la creación: “Desde el principio de la creación, Dios los hizo varón y mujer”.

Jesús reconoce la realidad del divorcio, pero lo atribuye a la dureza del corazón humano. En nuestro mundo actual, donde el divorcio es común, este pasaje nos desafía a reflexionar sobre la profundidad de nuestro compromiso en el matrimonio. No se trata solo de superar las dificultades, sino de buscar en Dios la gracia para vivir plenamente la vocación matrimonial.

Este pasaje es una llamada a la fidelidad. Jesús nos invita a imitar la fidelidad de Dios en nuestras relaciones. Así como Dios es fiel a su pueblo, nosotros estamos llamados a ser fieles en nuestras relaciones matrimoniales, reflejando el amor, la paciencia y el perdón que Dios nos muestra.

En la Bendición Matrimonial, hay un momento que se dice que los esposos se amen “como Cristo ama a su Iglesia”.

Pidamos a la Virgen Santísima que conceda a los esposos las gracias que necesitan para curar las heridas, no se dejen contaminar ni engañar por criterios humanos, y crezcan en amor y santidad. Necesitamos ejemplos vivientes de cómo Dios nos ama y cómo debemos amarnos unos a otros.